

[El Partido Comunista de China y el Guómíndǎng]
León Trotsky
27 de septiembre de 1926

(Versión al castellano de Vicent Blat desde *The Challenge of the Left Opposition (1926-27)*, Pathfinder, Nueva York, 1980, páginas 150-156. *Leon Trotsky on China*, Nueva York 1976, páginas 113-120.

“Hemos intentado utilizar la transcripción Pīnyīn para los nombres chinos. En los hipervínculos utilizamos la grafía del texto original, si difiere significativamente.”)

Los hechos y documentos de la vida política de China en el último período aportan una respuesta absolutamente indiscutible al problema de las futuras relaciones entre el partido comunista y el Guómíndǎng. Desde 1925 la lucha revolucionaria en China ha entrado en una nueva fase, que se caracteriza sobre todo por la intervención activa de amplios sectores del proletariado, por las huelgas y la formación de sindicatos. Sin lugar a dudas, los campesinos se están viendo arrastrados a la lucha en un grado cada vez mayor. Al mismo tiempo, la burguesía comercial y los elementos de la intelectualidad vinculados a ella se están desviando hacia la derecha, adoptando una actitud hostil hacia las huelgas, los comunistas y la URSS.

A la luz de estos hechos fundamentales, está bastante claro que debe plantearse necesariamente la cuestión de revisar las relaciones entre el partido comunista y el Guómíndǎng. El intento de eludir dicha revisión alegando que la opresión nacional-colonial en China exige la permanencia del partido comunista en el Guómíndǎng no resiste el análisis crítico. En su momento, los oportunistas de Europa occidental solían exigir que nosotros, los socialdemócratas rusos, trabajáramos en la misma organización no solo con los socialrevolucionarios, sino también con los “liberacionistas”, con el argumento de que todos estábamos comprometidos en la lucha contra el zarismo. Por otra parte, en lo que respecta a la India británica o las Indias Neerlandesas, ni siquiera se plantea la cuestión de la entrada del partido comunista en las organizaciones nacionales-revolucionarias. En lo que respecta a China, la solución al problema de las relaciones entre el partido comunista y el Guómíndǎng varía según los distintos períodos del movimiento revolucionario. El criterio principal para nosotros no es el hecho constante de la opresión nacional, sino el curso cambiante de la lucha de clases, tanto dentro de la sociedad china como en la línea de confrontación entre las clases y los partidos de China y el imperialismo.

El giro hacia la izquierda de las masas de obreras chinas es un hecho tan cierto como el giro hacia la derecha de la burguesía china. En la medida en que el Guómíndǎng se ha basado en la unión política y organizativa de los obreros y la burguesía, ahora debe desintegrarse por las tendencias centrífugas de la lucha de clases. No existen fórmulas políticas mágicas ni ingeniosos recursos tácticos para contrarrestar estas tendencias, ni pueden existir.

La participación del PCCh en el Guómíndǎng fue totalmente acertada en el período en que el PCCh era una sociedad de propaganda que solo se preparaba para una futura actividad política independiente, pero que, al mismo tiempo, buscaba participar en la lucha de liberación nacional en curso. En los dos últimos años se ha producido una poderosa ola de huelgas entre los obreros chinos. El informe del PCCh estima que los sindicatos han atraído durante este período a unos 1,2 millones de obreros. La exageración en estos asuntos es, por supuesto, inevitable. Además, sabemos lo inestables que son las nuevas organizaciones sindicales en situaciones de constantes altibajos. Pero el hecho del poderoso despertar del proletariado chino, su deseo de lucha y de organización de clase independiente, es absolutamente innegable.

Este mismo hecho plantea al PCCh la tarea de pasar de la clase preparatoria en la que se encuentra ahora a un nivel superior. Su tarea política inmediata debe ser ahora luchar por el liderazgo directo e independiente de la clase obrera despertada (no, por supuesto, con el fin de apartar a la clase obrera del marco de la lucha nacional-revolucionaria, sino para asegurarle el papel no solo de luchadora más resuelta, sino también de líder político con hegemonía en la lucha de las masas chinas.

Quienes están a favor de que el PCCh permanezca en el Guómíndǎng argumentan que “el papel predominante de la pequeña burguesía en la composición del Guómíndǎng nos permite trabajar dentro del partido durante un período prolongado sobre la base de nuestra propia política”. Este argumento es fundamentalmente erróneo. La pequeña burguesía, por sí sola, por muy numerosa que sea, no puede decidir la línea principal de la política revolucionaria. La diferenciación de la lucha política según líneas de clase, la marcada divergencia entre el proletariado y la burguesía, implica una lucha entre ambos por la influencia sobre la pequeña burguesía, e implica la vacilación de esta última entre los comerciantes, por un lado, y los obreros y los comunistas, por otro. Pensar que se puede ganar a la pequeña burguesía mediante maniobras astutas o buenos consejos dentro del Guómíndǎng es un utopismo sin remedio. El partido comunista estará en mejores condiciones de ejercer influencia directa e indirecta sobre la pequeña burguesía de las ciudades y del campo cuanto más fuerte sea el propio partido, es decir, cuanto más se haya ganado a la clase obrera china. Pero eso solo es posible sobre la base de un partido de clase independiente y de una política de clase.

Hemos extraído el argumento citado anteriormente a favor de que el PCCh permanezca en el Guómíndǎng de la resolución del pleno del Comité Central del PCCh del 14 de julio de 1926. Esta resolución, junto con otros documentos del pleno, da testimonio de las políticas extremadamente contradictorias del PCCh y de los peligros que de ello se derivan. Los documentos del pleno de julio del Comité Central del PCCh dan testimonio en todo momento del “proceso intensificado, durante el último año, por el cual cada uno de los dos polos (la burguesía y el proletariado) ha definido su propia posición separada” (citado de la misma resolución).

Las resoluciones, documentos e informes, registran, en primer lugar, el crecimiento del ala derecha del Guómíndǎng; a continuación, el giro hacia la derecha del centro del Guómíndǎng; y, posteriormente, las vacilaciones y escisiones en la izquierda del Guómíndǎng. Y todo ello ha seguido el patrón de ataques cada vez más intensos contra los comunistas. Por su parte, los comunistas han ido retrocediendo de forma constante, de una posición a otra, dentro del Guómíndǎng. Sus concesiones, como veremos, son tanto de carácter organizativo como de naturaleza principista. Han acordado limitar el número de comunistas en los órganos de dirección del Guómíndǎng a no más de un tercio. Incluso han aceptado una resolución que declara inviolables las enseñanzas de Sūn Zhōngshān. Pero, como siempre, cada nueva concesión solo conlleva una renovada presión contra los comunistas por parte de las fuerzas del Guómíndǎng. Todos estos procesos, como hemos dicho, son absolutamente inevitables, dada la diferenciación de clases.

No obstante, el pleno del comité central rechazó las opiniones de aquellos comunistas chinos que proponían la retirada del Guómíndǎng. La resolución afirma:

“Los camaradas que piensan que el partido comunista (si rompiera organizativamente con el Guómíndǎng, es decir, si disolviera la alianza con la burguesía comercial y profesional urbana, la intelectualidad revolucionaria y, en parte, el gobierno), pudiera ahora, por sí solo, dirigir al proletariado y, tras él, a las demás masas oprimidas para llevar a cabo la revolución democrático-burguesa”.

Esta línea de argumentación nos parece, sin embargo, completamente insostenible. Nadie puede predecir ahora si el PCCh será capaz en el futuro, como fuerza independiente y decisiva, de dirigir al proletariado y al campesinado para liberar y unificar el país. El curso futuro de la lucha revolucionaria en China depende de la interacción de demasiadas fuerzas internas e internacionales. Por supuesto, es posible que la lucha del partido comunista por la influencia sobre el proletariado y por la hegemonía de esa clase en el movimiento revolucionario nacional no conduzca a la victoria en los próximos años. Pero eso no es en absoluto un argumento en contra de una política de clase independiente, que resulta inconcebible sin una organización de clase independiente. Es un error fundamental sugerir que la retirada del Guómíndǎng supone la ruptura de la alianza con la pequeña burguesía. Lo esencial es que ya ni siquiera es posible la alianza vaga e informe del proletariado con la pequeña burguesía, los comerciantes y otros elementos, que se refleja en el Guómíndǎng. La diferenciación de clases ha traspasado el ámbito de la política. A partir de ahora, la alianza entre el proletariado y la pequeña burguesía solo puede basarse en acuerdos estrictamente definidos y claramente formulados.

El trazado de líneas organizativas, que se deriva inevitablemente de la diferenciación de clases, no excluye, sino que, por el contrario, presupone (en las condiciones actuales) un bloque político con el Guómíndǎng en su conjunto o con elementos concretos del mismo, en toda la república o en provincias concretas, según las circunstancias. Pero, ante todo, el PCCh debe garantizar su propia independencia organizativa total y la claridad de su programa político y sus tácticas en la lucha por la influencia sobre las masas proletarias despiertas. Solo con este tipo de enfoque se puede hablar seriamente de incorporar a la lucha a las amplias masas del campesinado chino.

La mejor manera de aclarar la orientación del pensamiento del PCCh es citar los pasajes más llamativos de la declaración del PCCh emitida por el Pleno del Comité Central de julio (12 de julio de 1926):

“La demanda urgente del pueblo chino es el alivio de todos estos sufrimientos. Esto no es bolchevismo. Quizá se podría decir que es bolchevismo con el fin de salvar a nuestro pueblo, pero no es bolchevismo con el fin del comunismo”.

Más adelante, este manifiesto afirma:

“Ellos [la burguesía] no comprenden que la mínima expresión de la lucha de clases que se ha producido en la organización de los obreros y en las huelgas no reduce en absoluto la capacidad de lucha de las fuerzas antiimperialistas y antimilitaristas. Además, no comprenden que el bienestar de la burguesía china depende del éxito de la guerra librada junto con el proletariado contra los imperialistas y los militaristas, y en absoluto de la continuación de la lucha de clases por parte del proletariado”.

El camino de la lucha consiste en “convocar una conferencia nacional”. Esto debería hacerlo el Guómíndǎng “como el partido cuya misión es llevar a cabo la revolución nacional”. A la objeción de que los militaristas harían imposible convocar una asamblea nacional verdaderamente representativa del pueblo, el manifiesto responde con generalidades sobre el control ejercido por los partidos y la unidad de todas las

clases. En el punto 23 del programa se incluye una reivindicación (y solo en duodécimo lugar) sobre la libertad para formar coaliciones, la libertad de reunión, etc.

La sección final de la declaración afirma:

“Ellos [los militaristas] dicen que nuestro programa es revolucionario. Puede que lo sea. Sin embargo, responde a las demandas y necesidades más urgentes y vitales de todos los sectores del pueblo. Y un frente de lucha unido de todas las clases de la población debe basarse en un programa común. Quienes participen en esta lucha deben defender firmemente estas reivindicaciones. Deben luchar por los intereses comunes, no defender egoístamente los intereses de su propia clase...”

Toda la declaración está impregnada, de principio a fin, del deseo de convencer a la burguesía y no de ganarse al proletariado. Este tipo de postura sienta las bases para inevitables retrocesos ante los dirigentes de derecha, de centro y de la pseudizquierda del Guómíndǎng. La política expresada en esta declaración, de hecho, no tiene nada que ver con el marxismo. Se trata de sunzhongshanismo, ligeramente retocado con terminología marxista.

En estas condiciones, ya no puede sorprender que los comunistas consideraran posible aceptar la siguiente declaración política del Comité Central del Guómíndǎng, aprobada a propuesta de Jiǎng Jièshí:

“El Guómíndǎng debe velar por que todo miembro de otro partido que ingrese en el Guómíndǎng [es decir, el partido comunista, L.T.] comprenda que el sunismo, fundado por Sun Zhongshan, es el principio básico del Guómíndǎng y que no debe expresarse ninguna duda ni crítica con respecto a Sun Zhongshan o al sunzhongshanismo”.

Es bastante obvio que, cuando las cosas se plantean de esta manera, desaparece toda la razón de ser del PCCh.

El sunzhongshanismo, como doctrina idealista y pequeñoburguesa de solidaridad nacional, pudo desempeñar un papel relativamente progresista en el periodo en que los comunistas podían convivir en una misma organización con los estudiantes y los comerciantes progresistas sobre la base de una alianza vaga e informal. La actual diferenciación de clases dentro de la sociedad china y dentro del Guómíndǎng no solo es un hecho irreversible, sino también profundamente progresista.

Además, significa que el sunzhongshanismo ha pasado a ser, por completo, cosa del pasado. Sería un suicidio para el PCCh abstenerse de criticar esta doctrina que, a medida que se desarrollan los acontecimientos, sin duda atará de pies y manos a la revolución china, y cada vez con mayor fuerza. La imposición de este tipo de obligación es consecuencia de una convivencia organizativa forzada dentro de los límites de una única organización política, en la que los comunistas aceptan voluntariamente la posición de una minoría sistemáticamente discriminada,

La salida a esta situación profundamente contradictoria y absolutamente inaceptable no puede encontrarse siguiendo la línea marcada por el último pleno del PCCh. La salida no reside en intentar «sustituir» al ala izquierda del Guómíndǎng, ni en tratar de educarlos y guiarlos con suavidad y discreción, ni tampoco en intentar «ayudar a crear una periferia de izquierda del Guómíndǎng a partir de las organizaciones de la pequeña burguesía». Todas estas recetas, e incluso la forma en que están formuladas, recuerdan cruelmente a la vieja cocina menchevique. La salida consiste en trazar una línea de separación organizativa como requisito previo necesario para una política independiente, fijando la mirada, no en el Guómíndǎng de izquierda, sino, sobre todo, en los trabajadores concienciados. Solo bajo esta condición podrá un bloque con el Guómíndǎng o con cualquiera de sus elementos ser algo más que un castillo de arena. Cuanto antes se dé un giro a la política del PCCh, mejor para la revolución china.

Dos conclusiones

1. En lo anterior hemos criticado las recientes decisiones del Comité Central del PCCh. Basándonos en la experiencia pasada, cabe esperar que se intente presentar nuestra crítica como una expresión de hostilidad hacia el partido chino fraterno.

Es posible que se saque de contexto alguna frase con el objetivo de demostrar que, para nosotros, el PCCh es un “freno” para el movimiento revolucionario. No hace falta comentar el daño que causan esas “críticas” de tan baja estofa. Pero los hechos son más fuertes que las invenciones y las insinuaciones. Si se evalúan adecuadamente y se prevén a tiempo, los hechos pueden resultar convincentes incluso si las insinuaciones se difunden en grandes tiradas. Nuestra crítica a la dirección central del PCCh viene dictada por el deseo de ayudar a los revolucionarios proletarios de China a evitar errores que ya han sido puestos a prueba desde hace tiempo en la experiencia de otros países. La responsabilidad de los errores del Comité Central del PCCh recae, en primer lugar, en el grupo dirigente de nuestro propio partido. La política de permanecer en el Guómíndǎng a pesar de la tendencia general de los acontecimientos fue dictada desde Moscú, como el precepto supremo del leninismo. Los comunistas chinos no tuvieron más remedio que aceptar las conclusiones políticas que se derivaban de este precepto organizativo.

2.- La política se expresa a través de la organización. Por eso, como nos enseñó Lenin, el oportunismo en cuestiones organizativas es perfectamente posible. Dicho oportunismo puede manifestarse de diversas formas, dependiendo de las circunstancias. Una forma de oportunismo organizativo es el

“tailendismo”, es decir, el deseo de aferrarse a formas y relaciones organizativas que han quedado obsoletas y que, por lo tanto, se convierten en su contrario. Hemos observado “tailendismo” organizativo en el último período en dos casos: (a) en la cuestión del Comité Anglo-Ruso; y (b) en la cuestión de las relaciones entre el PCCh y el Guómíndǎng. En ambos casos, el “tailendismo” consistió en aferrarse a una forma organizativa que ya había sido puesta patas arriba por el curso de la lucha de clases. En ambos casos, la forma organizativa obsoleta ha favorecido a los elementos de derecha y ha atado de pies y manos a la izquierda. Debemos aprender de estos dos ejemplos.

[Posdata de 30 de septiembre de 1926]

De los dirigentes de la Comintern en China hemos oído una voz de advertencia (aunque, sin duda, expresada de forma muy cautelosa) sobre la cuestión de las relaciones entre el PCCh y el Guómíndǎng. Así, el informe sobre la táctica del PCCh respecto al Guómíndǎng, recibido tras el pleno de mayo del Comité Central del Guómíndǎng, afirma:

“Al llevar a cabo estas decisiones [es decir, las decisiones que definen nuestros vínculos organizativos con el Guómíndǎng], debemos flexibilizarlas en cierta medida, es decir, permanecer formalmente dentro del Guómíndǎng, pero, en la práctica, establecer una división del trabajo que, en la medida de lo posible, adopte la forma de colaboración entre dos partidos; es decir, realizar una transición gradual de la forma de colaboración basada en la unidad interna a la de contactos y consultas entre aliados”.

Así pues, desde China ha llegado la propuesta de que, sin negar formalmente las directrices, las incumplamos de hecho y orientemos las relaciones entre el PCCh y el Guómíndǎng hacia una alianza entre dos partidos independientes. Esta propuesta, que exigía el curso mismo de los acontecimientos, no encontró, sin embargo, ninguna simpatía y, como resultado, hemos tenido las decisiones del Pleno de Julio del Comité Central del PCCh, decisiones que son obviamente erróneas, profundamente contradictorias y que tienden hacia una dirección peligrosa.

Edicions Internacionals Sedov
Trotsky inédito en Internet y castellano / Obras Escogidas)



germinal_1917@yahoo.es